

Trotsky en México. La asechanza permanente

*Jan Patula Doubek (†)**

El autor teórico y práctico de la revolución permanente vivió durante su estancia en México —9 de enero de 1937 a 21 de agosto de 1940— el acoso permanente en su contra. Tanto como persona, pero mucho más como líder de la revolución bolchevique y crítico infatigable del estalinismo en la URSS y en otros países del mundo hasta donde alcanzaban las influencias directas e indirectas del amo indiscutible de la “patria de los soviets” y del movimiento comunista internacional.

León Trotsky estaba plenamente consciente de su situación después del cúmulo de experiencias de persecución en los países del exilio forzado tras su destierro y particularmente en Noruega, de donde fue prácticamente deportado. Es archiconocido que ningún país del mundo se prestó a otorgarle el asilo político, a pesar de los esfuerzos e intentos por parte de sus correligionarios y simpatizantes. Lo hizo el presidente Lázaro Cárdenas gracias a la solicitud del mundialmente famoso pintor Diego Rivera. Cárdenas instruyó a Eduardo Hay, su secretario de Relaciones Exteriores,



* Fue profesor investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa hasta 1996.

para que otorgara las facilidades necesarias para acoger a Trotsky. En un telegrama Cárdenas expuso el 3 de diciembre de 1936 las razones para esta decisión, ya que —como él mismo observó— “...diversos grupos y personas han expuesto públicamente opiniones que alegan en contra del asilo pedido”.¹ Importa detenerse un momento en la exposición de las “razones en que se apoya el Ejecutivo Federal para acceder a lo solicitado”, para contrarrestar las opiniones de Valentín Campa, dirigente del Partido Comunista Mexicano.

Cárdenas enfatizó que su decisión se ceñía “a las normas establecidas universalmente” y además a la mejor tradición mexicana “en un recto sentido de la justicia para las naciones y de liberalidad para los hombres, cualquiera que sea la procedencia o el origen de estos”.² Al mismo tiempo rechazó insinuaciones en el sentido de que la presencia de Trotsky iba a provocar perturbaciones y complicaciones con el exterior, ya que “nada justifica que un país fuerte y perfectamente definido por instituciones propias, por objetivos sociales y económicos auténticamente nacionales y en franco proceso de realización, y por una política internacional congruente con sus limpias tradiciones, abrigue temores por la presencia de un hombre, cualquiera que sea su valimiento personal o su doctrina política”.³ Tampoco dio fe a los temores de que la estancia de Trotsky en México pudiera representar riesgos para la tranquilidad pública por la

simple razón de que él, en su calidad de exiliado político, no debía tomar injerencia en los asuntos domésticos del país. En cambio, tendría todo el derecho a dedicarse a sus labores intelectuales, lo que “no puede alterar en lo mínimo la situación de un país como el nuestro, donde al amparo del libre tráfico de la producción literaria, las mismas obras de Trotsky como las de cualquier otro autor siempre han estado al alcance del pueblo, sin taxativas ni censuras”.⁴

A su vez, el mencionado Valentín Campa, en sus memorias publicadas en 1978, le atribuye a Cárdenas motivos más bien tácticos para otorgar el asilo a Trotsky. En concreto, para quitar la falsa imagen divulgada por “los voceros imperialistas, particularmente yanquis e ingleses, [que] consistía en afirmar que Cárdenas estaba manejado por Stalin y que el gobierno soviético mandaba en México” (Campa, 1978: 159). El dirigente comunista mexicano consideró que esta campaña propagandística había impresionado mucho al mandatario mexicano, por lo que prestó oídos a los que “lo convencieron de una supuesta maniobra táctica que consistía en darle asilo en México a León Trotsky” (Campa, 1978: 159).

Desde el momento en que se dio públicamente la noticia de que no iba a otorgar a Trotsky el asilo político (7 de diciembre de 1936) empezaron las protestas en contra, orquestadas por el Partido Comunista y llevadas a cabo

por diversas organizaciones sociales y culturales en las que éste tenía una gran influencia. Mediante telegramas y cartas enviadas a diferentes dependencias gubernamentales (desde la Presidencia de la República hasta las secretarías de Educación y de Gobernación) se estigmatizó a Trotsky como el “enemigo de la unidad de la clase obrera”, el “espía” a servicio de las potencias extranjeras —Alemania, Italia, Japón, los Estados Unidos, la España de Franco, etcétera—, y una persona *non grata* en México. En mítines se exigía su deportación como un elemento perturbador y aliado de la “reacción y el fascismo”. Por ejemplo, el día 12 de enero de 1937, en uno de los primeros mítines organizado por el Partido Comunista contra “el peligro de guerra en Europa y contra del trotskismo, cuyo líder, enemigo de la unidad de las fuerzas populares para la lucha contra la reacción y el fascismo se encuentra en nuestro país”.⁵ Dado que el mitin fue disuelto por la policía montada en motocicletas con lujo de violencia (con 10 asistentes heridos), dicho Frente protestó ante el jefe del Departamento Central “respetuosa, pero enérgicamente por este atropello”, recordando al mismo tiempo “el sincero apoyo a (la) política progresista (de Cárdenas) que el Partido Comunista ha dado”.⁶

Sustentamos la tesis de que la estancia de apenas tres años y medio de Trotsky en México estuvo cargada de constante asechanza y su final trágico

estaba inscrito en la dinámica del poder que se plasmó en la URSS y en la coyuntura internacional de aquellos días, y al mismo tiempo queremos esclarecer ciertas afirmaciones, añejas y recientes, que buscan justificaciones presuntamente “objetivas” de su muerte. En todo caso no cabe dudar de la responsabilidad directa de Stalin en el asesinato. Los archivos del servicio de inteligencia mexicano demuestran que éste brindó una protección que resultó insuficiente ante la astucia estaliniana. Huelga añadir que estos documentos no habían estado disponibles para los investigadores.

Así, el giro que había tomado la política interior soviética después del asesinato de Kirov (diciembre de 1934) estaba encaminado a las sucesivas purgas en el aparato del partido y del Estado. Mediante la escenificación de unos “procesos” cuidadosamente preparados con torturas físicas y psíquicas, los acusados, prominentes bolcheviques de la vieja guardia, aceptaban la monstruosidad de los cargos que les hacían (cf. por ejemplo Souvarine, s/f: 195-218 y Deutscher, 1969: 321-355). Si bien se trataba de liquidar a los reales o supuestos opositores de Stalin y de este modo afianzar la dictadura unipersonal, siempre estaba presente la sombra de Trotsky, la única figura de gran talla fuera de las fronteras nacionales, que además emprendió una lucha sin cuartel para desmascarar los crímenes de Stalin. Según diferentes informantes, éste había

confesado muchas veces que la deportación de Trotsky al extranjero “fue un inmenso error” (Trotsky, 1940: 51).

En los días posteriores a su llegada a México Trotsky recibió el primer cablegrama anunciando el próximo proceso en Moscú, en contra del denominado “centro trotskista”, en el cual fueron puestos sobre el banquillo de los acusados Radek, Piatakov, Sokolnikov, Serebriakov y otros. Trotsky en persona respondió con una serie de artículos denunciando la maquinaria de falsificación. En el libro *Los crímenes de Stalin* redactado en México en 1937, el autor de la *Revolución traicionada* se preguntaba si era posible que el mundo fuera tan estúpido para creer en la monstruosidad de las acusaciones y en las confesiones forzadas de los propios inculpados y se respondía: “Pero las mentiras de Stalin son de tal modo monstruosas, que a su turno ellas parecen como otros tantos crímenes imposibles” (Trotsky, 1973: 111). Para contrarrestarlas lanzó la idea de organizar comisiones compuestas por personas con intachable autoridad moral, imparciales hasta donde esto fuera posible. En el discurso enviado especialmente para el mitin del hipódromo de Nueva York el 9 de febrero de 1937,⁷ organizado por los trotskistas norteamericanos declaró:

Estoy dispuesto a comparecer ante una comisión investigadora imparcial y pú-

blica, con los documentos y los hechos para descubrir toda la verdad. Y declarar: si esta comisión me encuentra culpable de una mínima parte de los crímenes que me imputa Stalin me comprometo, por anticipado, a entregarme a los verdugos de Guepeú (Trotsky, 1973: 123-124).

En efecto, la comisión de Nueva York decidió mandar una subcomisión presidida por John Dewey, filósofo y pedagogo, a la ciudad de México. Jean van Heijenoort, secretario particular de Trotsky, nos describe los pormenores de esta comisión que trabajó entre el 10 y el 17 de abril de 1937 en la Casa Azul, prestada por Diego Rivera y Frida Kahlo al matrimonio Trotsky. Las sesiones estaban abiertas a todo el público y cada quien tuvo oportunidad de presentar pruebas y argumentos en favor o en contra de Trotsky y su hijo que se relacionaran con los procesos de Moscú. El trabajo se hizo con todo el profesionalismo que la situación requería. Van Heijenoort anotó posteriormente:

Legajos que habían pasado por Alma-Ata y Prinkipo [lugares de los anteriores destierros] fueron abiertos por primera vez desde la partida de Moscú. Había que leer todo para encontrar, aquí y allá, un documento útil. Docenas de declaraciones, reunidas a través del mundo, concernían a los puntos del proceso cuya falsedad se podría demostrar (Van Heijenoort, 1979: 119).

Como curiosidad del trabajo de esta comisión puede mencionarse que un adversario de Trotsky, un estalinista declarado, acusó a éste de que en su calidad de comisario de Relaciones Exteriores lo había mandado como primer representante diplomático de su país con la misión de ayudar a restaurar en México la dictadura de Porfirio Díaz... Otra calumnia pero no la última.

En las condiciones del México de entonces Stalin se sirvió de dos organizaciones cupulares para nulificar a Trotsky: el Partido Comunista Mexicano (PCM) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM), las que con las células y asociaciones de base, las agrupaciones “fraternas” y los órganos de prensa, como por ejemplo *El Popular*, *La Voz de México* y *Futuro*, recibían órdenes de Moscú. Hoy en día es archiconocido el grado de dependencia orgánica de los partidos comunistas de todo el mundo, vía la Internacional Comunista (*Komintern*), con respecto al Kremlin, tanto en el plano organizacional (incluyendo la composición de las instancias directivas: el Secretariado y el Comité Central) como en el programático y en los métodos de actuación. Tampoco se ignora la penetración de la policía secreta soviética, la tristemente famosa GPU, en los órganos directivos de los partidos comunistas y de otras organizaciones de masas, así como el reclutamiento de colaboradores e informantes de la GPU en estas últimas. En honor a la verdad, hay que reconocer que fue Trotsky uno de los

primeros que reveló los resortes ocultos y los tentáculos diversos de la actividad de la policía secreta estaliniana en el extranjero (cf. por ejemplo Trotsky, 1940: 91 y 1973: 89-100).

Lo particular del caso mexicano radicó en que Moscú utilizara a la CTM, y particularmente a su dirigente Vicente Lombardo Toledano. Anteriormente, este “abogado diletante político, extraño al proletariado y a la revolución” —como lo calificó Trotsky— pero indiscutible gran orador y hombre con carisma, era un acérrimo adversario del Partido Comunista, al que atacaba públicamente. Desde su estancia en ella en 1935 se convirtió en “amigo de la URSS” y se prestó a los designios de la directiva soviética de promover los llamados “frentes populares”. Sus enemigos políticos de entonces lo acusaban de ser el espía del Kremlin;⁸ acusación que me corroboró en una conversación privada Arnoldo Martínez Verdugo, el último secretario general del PCM antes de su disolución y fusión con otras agrupaciones de izquierda. Los archivos personales de Lombardo Toledano, en posesión de una de sus hijas, permanecen sellados y no se permite consultarlos a nadie.

Durante el régimen del general Lázaro Cárdenas (1934-1940), México era el escenario ideal para promover un frente popular de acuerdo con la política desarrollada por el *Komintern* en vista del ascenso del fascismo en Europa y en otros países del mundo. Él mismo, combatiente durante la Revo-

lución mexicana de 1910-1917, como presidente de la República se afanó por llevar a cabo los idearios de esta primera revolución social del siglo xx, y para tal propósito movilizó a las masas populares, los obreros, los campesinos y los indígenas del país. En el reciente estudio *El cardenismo, una utopía mexicana* —de hecho la tesis doctoral de Adolfo Gilly—, su autor nos da una estampa metafórica del primer periodo del gobierno del general Cárdenas: “Como las dos columnas de un arco gótico, reforma agraria y expropiación petrolera se apoyaron y sostuvieron entre sí a una altura inusitada e inalcanzable para cada una por separado” (Gilly, 1994: 292). El sexenio de Cárdenas se considera universalmente como la etapa final de la Revolución mexicana, su nuevo cenit después del cual se convertirá en la retórica de la legitimación del poder de los sucesivos presidentes hasta llegar al abandono en el pasado sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994).

En concreto, va a ser el propio presidente Cárdenas quien impulsará la formación de grandes agrupaciones y confederaciones obreras y campesinas como base e instrumento de su política revolucionaria para llevar a cabo los cambios estructurales en la vida socioeconómica del país y el robustecimiento del Estado. Así:

La unidad y control del movimiento obrero por medio de una central sindical única, como lo sería la CTM, cobraba un

significado especial, pues la clase obrera, junto con otras “fuerzas populares” unidas en un solo frente, deberían integrar la fuerza impulsadora de la “democracia” y la Revolución mexicana como defensa contra el imperialismo y el fascismo (Pacheco y Anguiano, 1975: 34).

El resultado de esta política de impulsar la formación de grandes confederaciones obreras y campesinas fue la estructura corporativa del partido dominante, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) que en este periodo (1938) se transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

Lo que queremos destacar es el paralelismo entre la promoción del “frente nacional”, esta alianza de las “fuerzas populares unidas en un solo frente”, aludida anteriormente, una política consciente del presidente Cárdenas y que obedecía a la dinámica interna de la “utopía cardenista” —como lo diría A. Gilly— y el viraje adoptado por el VII Congreso de la Internacional Comunista. Hemos constatado que Lombardo Toledano se convirtió después de su estancia en Moscú en 1935 en el ferviente promotor de la nueva política soviética coincidiendo, a la vez, con la dinámica de las reformas estructurales promovidas por el presidente Cárdenas. Por consiguiente, Lombardo Toledano va a desempeñar un papel de primer orden en esta nueva configuración, interlocutor privilegiado para Moscú, incluso más importante que el

propio Partido Comunista, e instrumento para el gobierno cardenista de movilización de masas. Aquí radica también el origen de la conducta zigzagante del Partido Comunista Mexicano, entre la “estrategia revolucionaria” —es decir el ideario comunista— y la posición reformista, a saber, plegarse a la política en curso del general Cárdenas. Según Pacheco y Anguiano (1975: 35): “La política reformista del frente popular limitó el campo de acción del PCM a las premisas constitucionales de 1917 y lo subordinó a los intereses del Estado mexicano” (cursivas nuestras). Ello se va a plasmar de manera mucho más nítida en el futuro inmediato, en 1937, en ocasión del lanzamiento de la consigna “unidad a toda costa”, pues del conflicto entre Lombardo Toledano y la directiva de PCM por el control sobre la CTM, conflicto en el que intervino Earl Bowder, secretario general del partido comunista norteamericano, en su calidad del miembro del comité ejecutivo del *Komintern* y “supervisor” de todos los partidos comunistas de América Latina, en favor de Lombardo Toledano.

Trotsky estuvo consciente del giro de la política soviética con respecto al PCM y a la Confederación de Trabajadores de México (CTM), con Vicente Lombardo Toledano a la cabeza. Pero lo concibió de modo muy personalista como una estratagema de Stalin en su contra, tal como lo declaró tres días después del fallido atentado perpetrado por el grupo de Siqueiros:

¿Por qué el señor Lombardo Toledano y los jefes del Partido Comunista Mexicano se consideran obligados a difundir sistemáticamente sobre mí la calumnia con el ostensible fin de envilecerme ante los ojos de las autoridades y ante la opinión pública de México. Personalmente estos señores no pueden tener contra mí enemistad alguna, ya que nunca tuve con ellos ni relaciones ni conflictos personales. Ellos obran así con tanto empeño y descaro, tan sólo porque así se les ha ordenado. ¿Quién puede haber hecho esto? Evidentemente el del Kremlin, José Stalin (Trotsky, 1940: 170).

En otra parte de su denuncia contra Stalin, Trotsky llegó a atribuir a su acérrimo enemigo que “los procesos de Moscú en 1936-37 fueron montados para lograr mi deportación de Noruega...” (Trotsky, 1940: 50), como si no hubieran otras razones de la política interna soviética de entonces para emprender purgas en la cúpula del partido y del Estado.

Esta afirmación no pretende minusvalidar las acusaciones bien fundadas del ex comisario de Relaciones Exteriores de la Rusia bolchevique en contra de Stalin por su persecución incesante de los trotskistas en la URSS y otros países del mundo, y el acecho permanente contra él mismo. En los últimos años, la GPU había exterminado en la Unión Soviética a centenares de amigos suyos, inclusive a miembros de su familia. En España fueron liquidados miles de sus simpatizantes o sospe-

chosos de serlos, además del asesinato de su exsecretario, Erwin Wolff; en París, los esbirros estalinianos ultimaron a su hijo después de dos años de acoso y quemaron parte del archivo suyo; en Lausana, la GPU mató a Ignacio Reiss, antiguo agente de la policía secreta soviética que se había pasado al lado de la IV Internacional. También en Francia los agentes de Stalin asesinaron a Rodolfo Klement, otro de los exsecretarios particulares suyos.

Según información filtrada de los servicios de la policía secreta, Stalin había confesado muchas veces que la deportación de Trotsky al extranjero fue un “inmenso error”. Para repararlo, sólo quedaba un acto terrorista, un atentado contra su persona. Él interpretó correctamente el hecho de que en 1928, cuando Stalin lo expulsó a Alma-Ata, en Asia Central, aún no se podía hablar no ya de su fusilamiento, sino ni siquiera de su aprehensión, por la simple razón de que todavía vivía toda la generación que tomó el poder en 1917 y la memoria de sus méritos estaba aún fresca. Pese al aislamiento forzado, Trotsky pudo mantener desde Alma-Ata contactos con importantes figuras de la vida política de su país y avivar la oposición contra las ambiciones dictatoriales de Stalin. Por ello —como lo dijo— “En estas condiciones, Stalin, después de vacilaciones que duraron un año, resolvió como un mal menor deportarme al extranjero. Sus razones eran: aislado de la URSS, privado del aparato y de recursos econó-

micos, Trotsky será impotente para emprender cualquier cosa” (Trotsky, 1940: 50).

Como sabemos, no fue así. Trotsky, una especie de volcán, se dedicó con frenesí a desenmascarar la actuación de Stalin mediante un torrencial de artículos para la prensa internacional y de libros de análisis y condena de la “traición” de los idearios de la revolución bolchevique por parte del nuevo “caudillo”—como una vez una vez llamó a Stalin— y de los “termidorianos” y “bonapartistas” en una triste farsa de la Revolución francesa. Así, escribió *De la Revolución de Octubre a mi destierro, La revolución traicionada, En defensa del marxismo, la Tercera Internacional después de Lenin*, etcétera. Desde su estancia en Francia (1933-36), Trotsky planeó escribir la biografía de Stalin, tarea que cumplió finalmente en México. Aparte, se entregó a la tarea de fundar la IV Internacional, considerando que la III se había convertido en el apéndice de Stalin y había perdido cualquier legitimidad. Además fustigó el pacto Ribbentrop-Molotov y la ulterior invasión de Polonia, Finlandia, los países bálticos y Besarabia por el Ejército Rojo, como consecuencia lógica del tratado con Hitler del reparto de zonas de influencia entre los dos dictadores. En esencia, Trotsky no llegó a ser un cadáver político, como pretendieron hacerlo los estalinistas de la URSS y de otras partes del mundo.

Así pues, Trotsky estuvo consciente desde el primer día de su estancia en

México del peligro que se cernía sobre su cabeza. Su secretario, J. van Heijenoort, narra que incluso se organizó, todavía viviendo en la Casa Azul de Frida Kahlo y Diego Rivera, un simulacro de evacuación nocturna en caso de un atentado (Van Heijenoort, 1979: 216-217). Hay que resaltar que el gobierno mexicano del general Cárdenas brindó toda la protección necesaria para la casa donde habitaba Trotsky con un grupo de personas e igualmente se debe reconocer el esmero y la aplicación al trabajo de investigación de extranjeros sobre cuyas intenciones hostiles hacia Trotsky existían algunos indicios.⁹ Trotsky por su parte, jamás expresó la más leve sospecha o crítica en torno al profesionalismo y cumplimiento de su deber por parte de los servicios secretos y la policía mexicanos, a pesar de que la prensa, trastocando sus palabras, quiso crear esta impresión (cf. Páporov, 1992: 10-16).

Como lo declaró el propio Trotsky, en México la primera tentativa contra su vida fue hecha en enero de 1938, cuando un hombre desconocido se presentó en su casa con un falso mensaje de un conocido político. Tras este incidente, que no pasó a mayores pero que inquietó su entorno, se tomaron serias medidas de seguridad: guardia diurna y nocturna, sistema de alarma, etcétera. También se hicieron transmitir a la policía mexicana nombres y fotografías de agentes de la GPU que se dirigieron a México, según la información proporcionada por los amigos o

simpatizantes de Trotsky en Francia y los Estados Unidos (Trotsky, 1940: 51-52). Los reportes de la legación polaca de entonces señalan la existencia de agentes soviéticos, aunque “su actividad no se ha coronado con grandes éxitos”.¹⁰ Hasta entonces.

Hoy en día se conocen bastante bien los pormenores de los preparativos del atentado perpetrado en la madrugada del 24 de mayo de 1940. Siqueiros relató en sus memorias póstumas, *Me llamaban el Coronelazo*, que la decisión de liquidar a Trotsky en México la tomaron él y sus compañeros de armas de la guerra civil española tras las jornadas de mayo de 1937 (la masacre de trotskistas, anarquistas y poumistas por los comunistas, con apoyo soviético) En su acostumbrado estilo de jactancia en forma verbal y escrita, en donde es muy difícil distinguir entre la mentira y la verdad, entre la fantasía y la elaboración de un plan de acción, describió que una veintena de personas decidieron espontáneamente poner fin a lo que consideraban la “ignominia” de la estancia de Trotsky en México, por los grandes daños que representaba para el “movimiento revolucionario mundial” y por su apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias y a los movimientos fascistas (Alfaro Siqueiros, 1977: 331-345). Lo que Siqueiros omitió en sus memorias es el hecho de que él luchó en España en el V Regimiento que operó bajo el mando de la GPU y que ya entonces en Moscú, por órdenes de Stalin,

se había formado un grupo encargado de asesinar a Trotsky, presidido por Sudoplatov, en su calidad de jefe de todo el sistema de información de la GPU en el extranjero y por Eitingon, como responsable de la puesta en marcha y ejecución del plan de acción (Mercader y Sánchez, 1990: 64).

A principios de 1938 —según la investigación hecha por Yuri Páporov, exdiplomático y periodista soviético y actualmente investigador del Museo Trotsky en México, D.F.— se organizó “espontáneamente” un encuentro entre Silvia Ageloff-Máslov, norteamericana de origen ruso y una encantadora *miss*, de la que mucho después se supo su identidad: Ruby Weil, secretaria del director general del semanario comunista *Daily Worker*. Silvia, una simpatizante trotskista, era hermana de Ruth, quien por un tiempo había trabajado en México como secretaria de Trotsky y después sirvió de enlace entre Trotsky en México y el grupo de sus partidarios en los Estados Unidos. Acto seguido, la misteriosa *miss* se propuso acompañar a Silvia en su viaje a París donde la presentó a Jacques Mornard, supuesto hijo de un diplomático belga. Jacques, joven y acaudalado, se enamoró en seguida de Silvia, sin ningunos atractivos como lo testimoniaron varias personas que la conocieron. Por el idilio, ella prolongó más de lo propuesto su estancia en París. A su regreso a Nueva York siguió la correspondencia amorosa, hasta que en septiembre de 1939 Jacques,

con un nuevo pasaporte a nombre de Frank Jackson, se presentó en Nueva York, supuestamente para huir del servicio militar.

Mientras tanto, en México Siqueiros inició los preparativos para el atentado; según su versión, en “absoluto secreto” ante el Partido Comunista, “cuya dirección, de saberlo, se habría opuesto y lo habría impedido” (Alfaro Siqueiros, 1977: 354). Las palabras del muralista mexicano pecan de inexactitud, al menos en lo que se refiere al montaje del asalto en 1940. Es cierto que ya a finales de 1938 “un camarada que se acreditaba como delegado de la Tercera Internacional Comunista” había planteado al secretario general del PCM, Hernán Laborde, la necesidad de eliminar físicamente a Trotsky y de que para tal propósito requería de su cooperación personal y de la formación de un equipo especial de personal para esta tarea, tal como lo rememora Valetín Campa en *Mi testimonio* (1978: 161). Laborde, después de consultar el asunto con sus dos estrechos colaboradores Rafael Carrillo y Valentín Campa, se negó a cumplir con lo que se le pedía, argumentando que “Trotsky estaba políticamente derrotado, que su influencia era casi nula y que, además, lo estábamos exhibiendo en todo el mundo” (Campa, 1978: 161). Por otra parte, según los reportes del encargado de negocios de la legación polaca, era escasa para no decir inexistente la influencia de Trotsky en México en cuanto al número de sus

simpatizantes y su radio de acción, incluyendo el interés de la prensa por sus declaraciones una vez pasada la ola de curiosidad a su llegada, la que se extendió a lo largo de 1937.¹¹

La negativa de la dirección del PCM —siempre conforme a las memorias de Campa— provocó amenazas del representante de la III Internacional: “le dije que se atuviera a las consecuencias derivadas de su actitud, puesto que la indisciplina a la III Internacional se pagaba muy caro” (Campa, 1978: 161). A partir de entonces, los acontecimientos tomaron un curso acelerado. Otros delegados de la *Komintern* llegaron a México e intervenían directamente en todos los asuntos del PCM. Empezaron a llover críticas a la cúpula del partido por la presunta “línea sectario-opportunista” por apoyar la consigna “unidad a toda costa”, pasando por alto que ésta se estableció por la presión de la *Komintern*. Se formó la Comisión Nacional Depuradora, controlada por Vittorio Codovila, secretario general del PC de Argentina y representante de la III Internacional. Esta Comisión asumió plenos poderes, sustituyendo de hecho a la directiva del PCM y ganando adeptos entre el gremio dirigente, hasta destituir a Laborde del Secretariado General (desde 1929) y a Campa del Comité Central. El congreso extraordinario del partido del marzo de 1940 confirmó estas depuraciones y eligió una nueva dirección, esta vez completamente plegada a las exigencias de Moscú.

Trotsky estaba al tanto de los resortes ocultos de las purgas en el seno del PCM (según Yuri Páporov, tuvo un informante en la CTM). Por ello, sin tanteos ni especulaciones (que no eran de su estilo) pudo afirmar:

Puesto que la preparación práctica empezó en el mes de enero de este año [1940], necesitándose cierto tiempo para el estudio previo y la elaboración del plan, puede decirse con seguridad que la orden del atentado fue recibida en México hacia noviembre o diciembre de 1939. (...) Lo que todo esto ocultaba aparecía entonces poco claro para la opinión pública. Pero los observadores interesados e informados no dudaron de que se estaba preparando un golpe serio, si no contra el “trotskysmo”, sí contra Trotsky. (...) Ahora aparece perfectamente claro que la revuelta en el seno del Partido Comunista estaba estrechamente ligada con la orden sobre el atentado, dada desde Moscú (Trotsky, 1940: 57).

Los preparativos técnicos abarcaron el montaje del comando de asalto entre los agentes soviéticos, los combatientes en la guerra de España y los sindicalistas mineros,¹² el establecimiento de un pequeño expendio en las cercanías de la casa de Trotsky con la intención de observar su movimiento y entablar contactos con la guardia policiaca mediante ligas “amorosas” y, finalmente, la penetración en el círculo íntimo de Trotsky por Jacques

Mornard, alias Frank Jackson, a través de su romance con Silvia Ageloff, para conocer la distribución de la casa, las vías de acceso, etcétera. En conclusión, el atentado estaba meticulosamente preparado con varios meses de anticipación. La parte estratégica del mismo correspondió a los soviéticos: Eitington, alto oficial de la GPU y amante de la madre de Jacques desde la guerra en España, y el doctor Grigori Rabinovich, oficialmente representante de la Cruz Roja soviética en Nueva York, a quien los asaltantes identificaban como “hebreo francés”, dándose a llamar sí mismo como Philippe (Páporov, 1992: 77).

Paralelamente con la preparación técnica del atentado se puso en marcha la preparación “moral”, como la llamó Trotsky, es decir el reforzamiento de las campañas propagandísticas anti-trotskistas. El 24 de diciembre de 1939 *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista, publicó el artículo “El papel del trotskismo”, en el tono “religioso” propio del día de la edición:

En cuanto al nuevo pontífice, León xxx —por aquello de los treinta dineros del opacado Judas— ha ejecutado el papel que le correspondía en el reparto por él elaborado (...) León xxx interviene en los asuntos de la América Latina del lado de las potencias imperialistas y completa su obra manifestando que “la expropiación petrolera ha sido obra de los comunistas”... (Trotsky, 1940: 62).

También de las tribunas del congreso extraordinario del PCM se multiplicaron las críticas a base de calumnias, falsificaciones y acusaciones monstruosas contra Trotsky y sus partidarios por crear una “organización internacional de espionaje al servicio de todas las fuerzas contrarrevolucionarias”, por servir de “espías (que) colaboraban siempre con el ejército de Franco”, por ser “el hombre aplaudido por los patronos de Monterrey, el que facilita todos los argumentos contra las organizaciones obreras y contra el Gobierno...” (Trotsky, 1940: 63-64). Naturalmente se repitieron las acusaciones contra la antigua directiva del PCM por múltiples motivos, entre ellos no enfrentar con firmeza el peligro del trotskismo en México.¹³ Sería interminable reproducir aquí todos los artículos de la “ofensiva antitrotskista” en la prensa nacional mexicana, particularmente en las revistas íntimamente ligadas con el PCM y la CTM, como por ejemplo *La Voz de México*, *El Popular* y *Futuro*. Cabe añadir que el congreso formó una comisión especial para “la lucha contra el trotskismo” que sesionó secretamente. No es difícil deducir, a la luz de los acontecimientos posteriores, que su función consistía en elaborar, coordinar y supervisar la campaña propagandística antes y después del atentado.

Éste tuvo lugar en la madrugada del 24 de mayo de 1940. La descripción de los hechos está suficientemente conocida para no repetirlo otra vez.

Sin embargo, cabe interrogarse por qué un asalto de una veintena de hombres, armados con metralletas y bombas incendiarias y que fácilmente penetraron en el recinto de Trotsky fracasó tan estrepitosamente, como si se hubiera tratado de uno perpetrado por unos novatos. Cabe igualmente preguntarse por qué este comando entró sin ninguna resistencia, pues de hecho se les abrió la puerta.

Empecemos con la segunda interrogante. Hoy en día no deben existir dudas acerca de que el guardia en turno de la puerta principal, un tal Robert Shelton Harte, un joven norteamericano que había llegado hacía mes y medio, resultó ser un estalinista a los servicios de la GPU. Trotsky lo defendía a capa y espada, negando rotundamente la eventualidad de ser el “topo”. Cuando casi un mes después del fracasado atentado fue descubierto el cadáver de Shelton Trotsky, quien acudió personalmente a la ranchería de Santa Rosa donde yacía en una fosa sepultado el desafortunado guardia, no pudo contener las lágrimas. El mencionado Yuri Páporov me comentó que el prestigiado emigrante ruso no pudo aceptar la traición. El padre de Shelton declaró que nunca le había mandado dinero a México, y sin embargo recibió cuantiosas sumas de Nueva York. En su departamento se encontró un gran retrato de Stalin. Además, los policías de la guardia externa (los mexicanos), sorprendidos e inmediatamente inmovilizados por los asaltantes vestidos en

uniformes militares y policiacos, constataron en el interrogatorio que Shelton les abrió la puerta a la primera señal y se fue con ellos, conduciendo uno de los autos de Trotsky. Así, después, el “inocente” muchacho resultó ser una pieza clave en el asalto; por esta razón el atentado no pudo tener lugar antes.

La segunda interrogante tampoco es difícil de responder. Los testigos oculares dijeron que los asaltantes empezaron a tirar a diestra y siniestra y una vez atravesado el portón un grupo concentró el fuego de sus armas en el edificio adyacente para impedir que las guardias personales repelieran el ataque y el otro irrumpió con lujo de violencia en las habitaciones de la familia Trotsky. Sin embargo, el ruido de las metralletas desde la entrada la despertó y tanto el pequeño nieto de 14 años, que dormía en una recámara adjunta a la de sus abuelos, como ellos mismos, tuvieron tiempo para esconderse bajo las camas, protegidos por colchones y mantas. El colchón en la recámara del nieto quedó literalmente cortado por la lluvia de plomo; en la recámara de los Trotsky se contaron después más de 150 huellas de balas. Sólo el pequeño Sieva resultó con una herida en un dedo del pie. Natalia sofocó el incendio que se iniciaba debido a dos granadas incendiarias y una bomba de tiempo que no explotó. Los asaltantes estaban seguros del “éxito” de su misión y se retiraron al cabo de un par de minutos de un intenso tiroteo.

Por consiguiente, no se sostiene la versión que siempre manejó Siqueiros de que lo que se pretendía era “darle a Trotsky un susto”. A su vez Luis, el hermano menor de Mornard-Jackson-Mercader, relata la ira de Ramón, llena de un desprecio por Siqueiros, típico de un español-colonizador hacia un mexicano-colonizado:

El cabrón entró allí, con todo el ejército de matones y empezó, como buen mexicano de película, a pegar tiros en todas direcciones, como si tuviera una regadera. Y se fue sin comprobar si había matado a alguien o no. Dispararon centenares de tiros y no consiguieron nada, ni siquiera herir a nadie (Mercader y Sánchez, 1990: 77).

No queda otra explicación —si exceptuamos la obra de un milagro— sino que esta aparente casualidad se debió a una razón muy trivial, pero bastante humana: los asaltantes, en su preparación psicológica, se pasaron de copas; de ahí su ruidosa pero nada fructífera acción. Esta explicación me la dio Páporov, quien tuvo la oportunidad de entrevistarse con varios participantes, entre ellos el mismo Siqueiros.

El enojo que Jackson le transmitió a su hermano era justificable por la simple razón de que fue el designado para dar un golpe mortal a Trotsky. Aquí hay que aclarar la cuestión de la iniciativa de este hecho fatal. Luis Mercader reproduce la versión que escuchó de su hermano:

Kotov [Eitingon] estaba desesperado. Él tenía la orden de Stalin de matar a Trotsky y tenía que hacerlo. No podía incumplirla. Después de lo de Siqueiros llegó incluso a negociar con un aviador americano para que bombardeara la residencia; la cosa no llegó a cuajar: resultaba complicado, caro y arriesgado. Y Ramón terminó su relato con esta frase: “Al final le vi tan desesperado que le dije: No te preocupes, lo haré yo” (Mercader y Sánchez, 1990: 77-81).

Yuri Páporov desmitifica el papel de héroe de Ramón.

Todo parece indicar que fue obligado a cometer el crimen y tuvo que plegarse a ello con mucha resistencia. Un pasaje del libro de Páporov que contiene datos desconocidos para los biógrafos de Trotsky apunta:

Jackson se ausentó de México por un mes y en un principio, cuando regresó junto con Silvia no sólo no mostró iniciativa alguna para encontrarse con Trotsky, sino que esquivaba ese encuentro. Jackson se veía nervioso, había adelgazado mucho, dormía mal en la noche y de día se quedaba por horas en la cama de la habitación 113 del hotel “Montejo”, no deseaba hablar ni siquiera con Silvia. Entonces Natalia Ivánovna [Trotsky] decidió invitar a Silvia y a su novio una taza de té. Este encuentro del 29 de julio se prolongó por algo más de una hora (Páporov, 1992: 78).

La ausencia de un mes se debió —según Jackson— a que tuvo que irse a Nueva York porque su patrón decidió cerrar el negocio. En realidad se fue, en opinión de Páporov, a Moscú.

Por último, deseo aclarar el porqué del “éxito” de la misión de R. Mercader, el asesinato de Trotsky. El 20 de agosto sí hubo, o mejor dicho, hubieran debido existir fuertes sospechas para no permitir el acceso de Jackson a la casa del exiliado ruso por suponer intenciones en nada rectas. Ya en París parecía extraño a Silvia que Jacques Mornard, quien pretendía ser un estudiante de periodismo, no demostrara ningún entusiasmo por temas políticos, por ejemplo por el trotskismo. Y aquí en México Silvia descubrió que la dirección de su supuesta oficina era falsa; más aún, el número del edificio indicado pertenecía a Siqueiros, y era en donde se preparaba el atentado. Jackson prometió a su novia —a quien le ofrecía matrimonio— que durante su ausencia en México no iba a visitar a la familia Trotsky, pero no cumplió su palabra. También resulta sospechoso que la familia francesa Rossmers, viejos amigos de Trotsky desde antes de la Primera Guerra Mundial, no pudiera detectar que el francés del “belga” Mornard no era su lengua nativa, así como que el derroche de dinero y esmero por atender a Silvia y a ellos mismos excedían lo acostumbrado a un “joven simpático”, como lo apodó Marguerite Rossmers. Hansen, alemán de origen, jefe de guardias, a quien le pareció ex-

traño que Frank durante el mes de su supuesta estancia en Nueva York no hubiera visitado a ninguno de los militantes trotskistas, a pesar de que ya había declarado sus simpatías por la causa y de que en la conversación con los secretarios de Trotsky se había lucido con el conocimiento de los nombres de varios dirigentes trotskistas en el mundo, no hizo nada. Tampoco dio importancia a la sugerencia de Trotsky de abstenerse de recibirlo en casa e indagar sobre el dinero que ofrecía donar al movimiento trotskista.

Yuri Páporov, a quien le planteé todas estas objeciones, no encontró otra respuesta aparte del enamoramiento loco de Silvia por Frank, y de que en el grupo trotskista había decaído la disciplina, el espíritu de vigilancia y el celo que deberían cultivar, dada la asechanza permanente.

Hasta el mismo Trotsky, quien tan sólo tres días antes del final trágico manifestó su disgusto por el artículo ofrecido para corregirlo y el comportamiento más que extraño de Mornard, quien traía una gabardina y el sombrero, a pesar de que el día era muy soleado y de que nunca usaba estos atuendos, lo recibió a solas en su despacho el fatal 20 de agosto de 1940. ¿Cómo explicárselo? Cicerón diría: “*Tempori serviendum est*”.

NOTAS

- 1 Telegrama del Presidente Lázaro Cárdenas al Secretario de Relaciones Ex-

teriores. Eduardo Hay, del 3 de diciembre de 1936, Archivo General de la Nación (AGN), Unidad de Presidentes, no. 546.6/77.

² *Ibidem.*

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

⁵ Telegrama del Frente Popular Mexicano del D.F. al presidente de la República, AGN, exp. 546.6/77.

⁶ *Ibidem.*

⁷ Originalmente estaba previsto que Trotsky se dirigiera a los asistentes a dicho acto por teléfono, pero la comunicación sufrió un sabotaje por parte de los "Amigos de Moscú", a pesar de contar con todo el apoyo logístico de los ingenieros en telecomunicaciones.

⁸ "Lombardo Toledano ha perdido sus derechos como ciudadano mexicano (...) y no está facultado para tomar participación en actividades políticas que sólo competen a los ciudadanos mexicanos..." (*Omega*, 12 de marzo de 1938, cit. por Gall, 1991: 189).

⁹ Dentro de los documentos de la policía secreta mexicana existen varios reportes, hasta pintorescos, acerca de la invigilación de los extranjeros "sospechosos", con respecto a Trotsky, véase Archivo del Departamento del Distrito Federal (antes Ayuntamiento) (ADDF), exp. 532-2182: 3-18.

¹⁰ Informe político del encargado de negocios de la Legación de Polonia, 12 de febrero de 1938.

¹¹ Informe político de la Legación polaca, fechado el 7 de junio de 1940.

¹² Sobre la contratación de los mineros para el atentado de Siqueiros, véase el interrogatorio del coronel L. Sánchez Salazar en ADF, exp. 532/2182: 37-56.

¹³ Sobre el transfondo de estas acusaciones, véase el trabajo de B. Carr (1986).

AGN. Presidentes Archivo General de la Nación. Unidad de Presidentes, México, D.F.

BIBLIOGRAFÍA

Alfaro Siqueiros, David

1977 *Me llaman el Coronelazo*, Grijalbo, México.

Campa, Valentín

1978 *Mi testimonio*, Ediciones de Cultura Popular, México.

Carr, B.

1986 "Crisis in Mexican Communism: The Extraordinary Congreso of the Mexican Communist Party", en *Science & Society*, vol. 1, núm. 4: 391-410.

Deutscher, I.

1969 *Stalin. Biografía política*, Era, México.

Gall, O.

1991 *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas*, Era, México.

Gilly, Adolfo

1994 *El cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y Arena, México.

Mercader, L. y G. Sánchez

1990 *Ramón Mercader, mi hermano. Cincuenta años después*, Espasa-Calpe, Madrid.

Pacheco Méndez, G.

y A. Anguiano Orozco

1975 *Cárdenas y la izquierda mexicana*, Juan Pablos, México.

Páporov, Yuri

1992 *Trotsky sacrificado (confesiones de Rivera y Siqueiros)*, Grupo Editorial Siete, México.

Souvarine, B.

s./f *Stalin*, Londres.

Trotsky, León

1940 *Los gangsters de Stalin*, América, México.

1973 *Los crímenes de Stalin*, Juan Pablos, México.

Van Hiejenoort, Jean

1979 *Con Trotsky, de Prinkipo a Coyoacán (Testimonio de cien años de exilio)*, Nueva Imagen, México.

ARCHIVOS

ADDF Archivo del Departamento del Distrito Federal (antes Ayuntamiento), México, D.F.